JUAN PABLO II

***AUDIENCIA GENERAL***

*Miércoles 23 de julio de 1986*

**"Creador de los ángeles, seres libres"**

1. Proseguimos hoy nuestra catequesis sobre los ángeles, cuya existencia, querida por un acto del amor eterno de Dios, profesamos con las palabras del Símbolo niceno-constantinopolitano: "Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, *Creador* del cielo y de la tierra, *de todas las cosas visibles e invisibles*".

En la perfección de su naturaleza espiritual, los ángeles están llamados desde el principio, en virtud de su inteligencia, a conocer la verdad y a amar el bien que conocen en la verdad de modo mucho más pleno y perfecto que cuanto es posible al hombre. Este amor es el acto de una voluntad libre, por lo cual también para los ángeles la *libertad significa posibilidad de hacer una elección* en favor o en contra del Bien que ellos conocen, esto es, Dios mismo. Hay que repetir aquí lo que ya hemos recordado a su debido tiempo a propósito del hombre: creando a los seres libres, Dios quiere que en el mundo se realice aquel *amor* verdadero que *sólo es posible sobre la base de la libertad*. Él quiso, pues, que la creatura, constituida a imagen y semejanza de su Creador, pudiera, de la forma más plena posible, volverse semejante a Él: Dios, que "es amor" (1 *Jn* 4, 16). Creando a los espíritus puros, como seres libres, Dios, en su Providencia, no podía no prever también *la posibilidad del pecado de los ángeles*. Pero precisamente porque la Providencia es eterna sabiduría que ama, Dios supo sacar de la historia de este pecado, incomparablemente más radical, en cuanto pecado de un espíritu puro, *el definitivo bien de todo el cosmos creado.*

2. De hecho, como dice claramente la Revelación, *el mundo de los espíritus puros aparece dividido en buenos y malos*. Pues bien, esta división no se obró por creación de Dios, sino en base a la propia libertad de la naturaleza espiritual de cada uno de ellos. Se realizó *mediante la*

*elección* que para los seres puramente espirituales posee un carácter incomparablemente *más radical* que la del hombre y es *irreversible*, dado el grado de intuición y de penetración del bien, del que está dotada su inteligencia. A este respecto se debe decir también que los espíritus puros *han sido sometidos a una prueba de carácter moral*. Fue una opción decisiva, concerniente ante todo a Dios mismo, un Dios conocido de modo más esencial y directo que lo que es posible al hombre, un Dios que había hecho a estos seres espirituales el don, antes que al hombre, de participar en su naturaleza divina.

3. En el caso de los espíritus puros la *elección* decisiva *concernía* ante todo a *Dios mismo*, primero y supremo Bien, aceptado y rechazado de un modo más esencial y directo del que pueda acontecer en el radio de acción de la libre voluntad del hombre. Los espíritus puros tienen *un conocimiento de Dios incomparablemente más perfecto* que el hombre, porque con el poder de su inteligencia, no condicionada ni limitada por la mediación del conocimiento sensible, ven hasta el fondo la grandeza del Ser infinito, de la primera Verdad, del sumo Bien. A esta sublime capacidad de conocimiento de los espíritus puros Dios ofreció el misterio de su divinidad, haciéndoles partícipes, mediante la gracia, de su infinita gloria. Precisamente en su condición de seres de naturaleza espiritual, había en su inteligencia la capacidad, el deseo de esta elevación sobrenatural a la que Dios le había llamado, para hacer de ellos, mucho antes que del hombre, "partícipes de la naturaleza divina" (cf. *2 Pe* 1, 4), partícipes de la vida íntima de Aquel que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, de Aquel que, en la comunión de las tres Divinas Personas, "es Amor" (*1 Jn* 4, 16). Dios había admitido a todos los espíritus puros, antes y en mayor grado que al hombre, a la eterna comunión del Amor.

4. La opción realizada sobre la base de la verdad de Dios, conocida de forma superior dada la lucidez de sus inteligencias, ha dividido también el mundo de los espíritus puros en buenos y malos. *Los buenos han elegido a Dios* como Bien supremo y definitivo, conocido a la luz de la inteligencia iluminada por la Revelación. Haber escogido a Dios significa que se han vuelto a Él con toda la fuerza interior de su libertad, fuerza que es amor. Dios se ha convertido en el objetivo total y definitivo de su existencia espiritual. *Los otros*, en cambio, *han vuelto la espalda a Dios contra la verdad del conocimiento* que señalaba en Él el Bien total y definitivo. Han hecho una elección contra la revelación del misterio de Dios, contra su gracia, que los hacía partícipes de la Trinidad y de la eterna amistad con Dios, en la comunión con Él mediante el amor. Basándose en su libertad creada, han realizado una *opción* radical e irreversible, al igual que la de los ángeles buenos, pero *diametralmente opuesta*: en lugar de una aceptación de Dios, plena de amor, le han opuesto un rechazo inspirado por un falso sentido de autosuficiencia, de aversión y hasta de odio, que se ha convertido en rebelión.

5. ¿Cómo comprender esta oposición y rebelión a Dios en seres dotados de una inteligencia tan viva y enriquecidos con tanta luz? ¿Cuál puede ser *el motivo de esta radical e irreversible opción contra Dios*, de un odio tan profundo que puede aparecer como fruto de la locura? Los Padres de la Iglesia y los teólogos no dudan en hablar de "ceguera", producida por la supervaloración de la

perfección del propio ser, impulsada hasta el punto de velar la supremacía de Dios que exigía, en cambio, un acto de dócil y obediente sumisión. Todo esto parece expresado de modo conciso en las palabras "¡No te serviré!" (*Jer* 2, 20), que manifiestan el radical e irreversible rechazo de tomar parte en la edificación del reino de Dios en el mundo creado. "Satanás", el espíritu rebelde, quiere su propio reino, no el de Dios, y se yergue como el primer "adversario" del Creador, como opositor de la Providencia, como antagonista de la amorosa sabiduría de Dios. De la rebelión y del pecado de Satanás, como también del pecado del hombre, debemos concluir acogiendo la sabia experiencia de la Escritura, que afirma: "En el orgullo está la perdición" (*Tob* 4, 14).

---

**Saludos**

Deseo ahora presentar mi cordial saludo a todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España. En particular, a las Religiosas Josefinas de la Santísima Trinidad, junto con las antiguas alumnas y acompañantes, que celebran el primer Centenario de la fundación del Instituto. Me uno a vuestra acción de gracias a Dios por los abundantes beneficios recibidos y os aliento a un renovado entusiasmo y entrega en vuestra vida apostólica.

Igualmente saludo a las Hermanas de la Sagrada Familia de Urgel, acompañadas de la Madre General, que están realizando un curso de espiritualidad en Roma.

Sean también bienvenidos a esta audiencia: el grupo “Antorcha” de la Parroquia de San Bernardo de Sevilla, la peregrinación diocesana de San Cristóbal de la Laguna (Tenerife) alumnas del Instituto “María Inmaculada” de Córdoba.

A todos los peregrinos de lengua castellana imparto con mi Bendición Apostólica.

---

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana